EXPLICACION COMPENDIADA

DEL

SIMBOLO DE LOS APOSTOLES

POR SAN FRANCISCO JAVIER

O LAS VERDADES DE LA FE PUESTAS AL ALCANCE DE LOS FIELES

Aumentada con la Exposicion
de las verdades que debemos creer y el Exámen general
del Símbolo de los Apóstoles, sus ventajas
y sublimidad: tomada de la obra

CATECISMO DE PERSEVERANCIA

DE MONSEÑOR J. GAUME.

MÉXICO

Imprenta y Libreria de J. M. Aguilar Ortiz
1ª de Sto. Domingo 5 y Perpétua 8½
1878

INTRODUCCION.

San Francisco Javier, durante el curso de su mision, por siempre memorable, obró tan multiplicadas conversiones, que los asombrosos resultados de su ministerio hicieron que se le tributase el título glorioso de *Apóstol de las Indias*.

Entre los diferentes medios de que aquel gran santo se sirvió para conducir al redil evangélico tan crecido número de ovejas [que hasta entonces no le pertenecian] y hacer entrar en la senda de la justicia á tantos pecadores que se habian separado de ella; encuéntrase en sus cartas, publicadas en Roma en latin, la exposicion *compendiada* del Símbolo de los Apóstoles.

Y porque la experiencia le habia enseñado la utilidad de los medios de que se servia para instruir á sus neófitos y penitentes, mandó á los misioneros de quienes era superior, que tambien ellos los pusiesen en práctica en el ejercicio de su ministerio. Léese en efecto, en las instrucciones que dió al R. P. Barzéo misionero de la compañía de Jesus, lo siguiente: "Llevaréis con vos la exposicion del sagrado Símbolo y el método que he puesto por escrito para observar diariamente una vida cristiana y santa.... Daréis un ejemplar de este método á los que con vos se confesaren."

Nos ha parecido útil poner al alcance de los fieles este precioso monumento del fervor de uno de los hombres apostólicos que más han resplandecido en la *Iglesia*. *¡Ojalá produzca frutos de salvacion en tantos cristianos que por la depravacion de sus costumbres deshonran este nombre, y contribuya á extender el reinado de la verdad y el de la virtud, en reanimar la fé que opera por la caridad, en conservarla, en afirmarla en comarcas que ha favorecido Dios desde hace tantos siglos, haciendo resplandecer sobre ellos la admirable luz del Evangelio!*

SIMBOLO DE LOS APOSTOLES.

I. Creo en Dios Padre Todopoderoso Creador del cielo y de la tierra. (*S. Pedro.*)

II. Y en Jesucristo su único Hijo Señor nuestro. (*S. Andrés.*)

III. Que fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de la Vírgen María. (*Santiago el mayor.*)

IV. Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado. (*S. Juan.*)

V. Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos. (*Santo Tomas.*)

VI. Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso. (*Santiago el menor.*)

VII. Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. (*S. Felipe.*)

VIII. Creo en el Espíritu Santo. (*S. Bartolomé.*)

IX. En la Santa Iglesia católica y en la comunion de los santos. (*S. Mateo.*)

X. En el perdon de los pecados. (*S. Simon.*)

XI. En la resurreccion de la carne. (*S. Judas Tadeo.*)

XII. Y en la vida eterna. (*S. Matias.*)

Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.—Dios ha manifestado su omnipotencia sacando de la nada á todos losséres visibles é invisibles. De la nada hizo el cielo, á los ángeles, la luz, el sol, la luna, las estrellas y los astros todos; el aire y las aves; el mar y los peces; la tierra y cuanto encierra; los animales, las plantas, los árboles, los manantiales, los arroyos, los rios y los lagos. Despues de haber acabado estas obras hizo Dios al hombre, y creóle á su imagen y semejanza.

El primer hombre fué Adan, y la primera mujer Eva. Creóles Dios inocentes, destinóles á disfrutar de una felicidad sobrehumana, concedióles con la inmortalidad, los más preciosos dones, y colocóles en un deliciosimo jardin, imponiéndoles el precepto de que no comiesen del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Unió Dios á Adan y Eva con el sagrado vínculo del matrimonio, y quiso que fuese indisoluble este vínculo; despues de haberlos así unido les bendijo y les mandó que se multiplicasen. De Adan descendemos nosotros, y de él traen su orígen todos los hombres que han poblado la tierra.

El verdadero Dios, espíritu puro, omnipotente, eterno, inmenso, infinitamente perfecto, es esencialmente uno. No hay ni puede haber otro Dios más que él.

Debemos adorar en espíritu y en verdad á ese Dios único verdadero, que se llama Padre, porque desde la eternidad engendró á un

Hijo único que le es consustancial, que es Dios como él, un solo Dios con él y con el Espíritu Santo; debemos prestar á su palabra una fé firme é indestructible, debemos en fin poner en él toda nuestra confianza, amarle y servirle; mirarle como nuestro primer Principio, como nuestro último Fin y como nuestro Bien supremo.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.*

ARTÍCULO SEGUNDO.

Y en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro.—No todos los ángeles que habia sacado Dios de la nada permanecieron fieles á él: húboles que se revelaron y que, en castigo de su rebeldía, fueron condenados á una eterna desgracia.

El gefe de estos ángeles rebeldes, envidioso de la felicidad de que Adan y Eva gozaban en el paraíso de las delicias, en el cual Dios les colocara, tentó á Eva y la persuadió á que comiese, no obstante la prohibicion que se la habia impuesto, del fruto de la ciencia del bien y del mal, asegurándola que si ella y su esposo comian de ese fruto, lejos de quedar por esto sujetos á la muerte, con la cual el Creador tan expresamente les habia amenazado, se volverian semejantes á Dios. Eva seducida, comió del fruto prohibido, y habiendo dado de él á Adan le hizo caer en la desobediencia.

Inmediatamente cayeron de la gracia en la cual habian sido creados; fueron arrojados del paraíso terrenal, sometidos á un penoso

trabajo, á los dolores, á la concupiscencia y á la muerte; al instante se presentaron impenetrables valladares que les volvieron inaccesible la entrada á la gloria, y toda la posteridad de Adan que pecó en él, vióse incluida en la misma sentencia.

Jamás los hombres, por muchos esfuerzos que hubiesen hecho, habrian podido, por medio del vigor de la simple naturaleza, encontrar el medio de levantarse de tal caida, ni volver á tener la esperanza de alcanzar la felicidad eterna; empero Dios, al paso que ejerció su justicia en contra de Adan, de Eva y de toda la raza de ambos, tuvo presente su misericordia y prometió un Redentor al género humano. Este Redentor debíalo ser su Hijo único, personalmente unido á un cuerpo y á una alma semejantes á los nuestros, y que debia llamarse *Jesus*, es decir, *Salvador*, porque era enviado para operar la salvacion del mundo; debíase tambien llamar *Cristo*, es decir, *ungido y consagrado*, á causa de la uncion divina que le consagraba como Rey, Pontífice y Profeta por excelencia; debia, en fin, ser el soberano Señor de todos los hombres, que le pertenecerian por derecho de creacion y redencion.

Estos misericordiosos designios se han cumplido, y he aquí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo, Señor nuestro, único Hijo de Dios.*

ARTÍCULO TERCERO.

Que fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de la Virgen María.—Cuando hubo llegado el tiempo en que el Hijo único de

Dios, el *Verbo hecho carne*, debia habitar entre los hombres, envió Dios el Santo Arcángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, donde estaba domiciliada la Vírgen María. Gabriel dijo á María en cumplimiento de la órden que se le habia dado "Yo os saludo, ¡oh vos, llena de gracia! el Señor está con vos, bendita sois entre todas las mujeres; el Espíritu Santo bajará á vos, la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra, y el santo fruto que nacerá de vos se llamará Jesus, hijo de Dios." Y María contestó á Gabriel: "Yo soy la sierva del Señor, hágase en mí segun vuestra palabra." Y al momento mismo en que la Santa Vírgen hubo humildemente consentido en las miras de Dios sobre ella, el Espíritu Santo formó en el seno de María, con la propia sustancia de esta Vírgen, un cuerpo humano; creó una alma que animase aquel cuerpo, y el Hijo único de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, unió sustancialmente á su persona aquel cuerpo y aquella alma. Así fué como se operó la Encarnacion del Verbo, y nueve meses despues, Jesus, Salvador de todo el mundo, verdadero Dios y verdadero hombre, reuniendo en una sola persona, que es la del Verbo, la naturaleza divina y la humana, nació de la Vírgen María en Bethlehem, ciudad de la Judea como lo habia predicho el Profeta.

Grandes prodigios se observaron cuando nació y empezó á vivir Nuestro Señor Jesucristo. Vióse brillar una divina luz en medio de las tinieblas de la noche. Un ángel anunció á los pastores que cuidaban de sus rebaños que les habia nacido un Salvador, y un

infinito número de espíritus del ejército celestial unióse al ángel para alabar á Dios, ditiendo: "Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad." Una escrella milagrosa condujo á unos Magos que vinieron de Oriente á Bethlehem, donde habia nacido Jesus, quienes llegados que hubieron allí se prosternaron ante él, le adoraron y le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Cuando Jesus fué presentado al templo para ser rescatado segun la ley, un santo anciano le conoció por el Salvador que Dios daba á los hombres. Un ángel se apareció á José, esposo de María, y le mandó que se retirase á Egipto con Jesus y María, madre del Santo Niño, á fin de que librase á éste del furor de Herodes que, para darle muerte, habia decretado que se matase á cuantos niños hubiese en Bethlehem de la edad de dos años abajo. Habiendo muerto Herodes, apareció́se otro ángel á José que estaba entonces en Egipto, y le dijo: "Levantaos, tomad al Niño y á su santa Madre é idos á la tierra de Israél, porque los que querian quitar la vida á Jesus ya no existen. Apresuróse José á poner en ejecucion este nuevo mandato del cielo, y se regresó á Nazareth con Jesus y su santa Madre. En fin, vióse al Niño Dios sentarse en medio de los doctores, á la edad de doce años, y llenar de admiracion á cuantos le oyeron hablar con la sabiduría de sus palabras.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Vírgen María.*

Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.—Durante la mayor parte de su vida mortal vivió Jesucristo en Nazareth, en la casa de San José, siempre sometido á él y tambien á la santa Vírgen; pero á la edad (como) de treinta años dirigióse á las márgenes del Jordan para recibir allí el bautismo de manos de San Juan. Inmediatamente que se bautizó, abriéronse *los cielos*, bajó de ellos el *Espíritu* Santo en forma de paloma, y vino á descansar sobre él, y oyóse en los cielos una voz que decía: "Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todo mi afecto."

Jesus se retiró luego al desierto, donde ayunó cuarenta dias y cuarenta noches, permitió al demonio que le tentase, y despues de haber vencido al príncipe de las tinieblas, fué servido por los espíritus celestiales.

Al salir del desierto dió principio Jesucristo á su vida pública y recorrió las ciudades y aldeas predicando el Evangelio. Demostró la verdad de su doctrina por medio de milagros arrojando á los demonios de los cuerpos de que estaban posesionados, curando á los enfermos, dando vista á los ciegos, oído á los sordos, palabra á los mudos, el uso de sus miembros á los paralíticos, caminando sobre las aguas, mandando á los vientos y al mar, aplacando repentinamente y con una sola palabra suya, las tempestades, alimentando á miles de hombres con un corto número de panes, y resucitando á los muertos. Tambien escogió por apóstoles á doce hombres sin ta-

lentos, sin favor, sin saber, la mayor parte de los cuales eran infelices pescadores, y comunicóles, con la facultad de enseñar en su Nombre, la posibilidad de operar milagros. Predijo, en fin, qué género de muerte habia de recibir, su resurreccion, su ascencion, la bajada del Espíritu Santo, la predicacion del Evangelio por todo el universo, la ruina de Jerusalen y del templo, y la dispersion de los judíos.

La inmensa sensacion que produjeron la predicacion de Jesucristo y sus milagros, inspiraron á los príncipes de los sacerdotes, á los doctores de la ley, á los escribas y á los fariseos, una envidia y un odio tan violentos, que resolvieron darle muerte, y entre sus mismos apóstoles encontráronse con un traidor que dió pábulo al furor que les animaba.

Sabiendo Jesus que habia llegado la hora en que debia salir de este mundo y volverse á su Padre, celebró la última Pascua, instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, lavó los piés á sus apóstoles, y hecho todo esto se fué al Huerto de los Olivos, donde quiso padecer una agonía tan dolorosa, que le ocasionó un sudor de sangre que se exhalaba de su cuerpo y que corria hasta el suelo. Despues se entregó él mismo á los que le buscaban.

Habiendo sido preso en el nombre de la autoridad pública, tratósele de la manera mas injusta, ignominiosa é inhumana. Atósele como á un malhechor, llevósele con violencia por las calles y por las plazas, de casa en casa, de tribunal en tribunal, diéronsele bofetadas, escupiósele el rostro, y Herodes y

toda su cohorte se esmeraron en mostrarle el mayor desprecio.

Su sentencia de muerte pronunciólla Poncio Pilato, gobernador de la Judea. Para arrancar al gobernador este fallo, los enemigos de Jesucristo, habian hecho falsas acusaciones contra él y sublevado al pueblo, sugiriéndole que pidiese á gritos que Barrabás, que era sedicioso y homicida, fuese puesto en libertad con arreglo á la costumbre que habia de que el gobernador romano concediese á los judíos el perdon de un criminal en la festividad de Pascua, y que Jesus recibiese la muerte de cruz.

Pilato vacilaba no obstante en condenar á Jesus porque estaba convencido de su inocencia; pero se le hizo temer que perderia el favor del César si absolvia á un hombre que decia que era rey, y este temor le hizo ceder al encarnizamiento de los acusadores de Jesus y le entregó á ellos para que fuese crucificado.

Jesus, antes de caminar á este último suplicio, fué azotado y escarnecido como un rey de burlas. Habiéndole cubierto los soldados del gobernador con un manto de púrpura, habiéndole puesto una corona de espinas y en la mano una caña, doblaron la rodilla ante él diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. Cubriéronle luego de salivas, y tomando la caña que antes le habian puesto en las manos, le daban golpes con ella en la cabeza.

En fin, Jesucristo, cargando él mismo la cruz, en que habia de recibir la muerte, fué conducido al Monte Calvario, donde le crucificaron entre dos ladrones. Así es como Je-

sus, verdadero Dios, supuesto que no hay mas en él que una Persona, que es la segunda de la Santísima Trinidad, y al mismo tiempo verdadero hombre, supuesto que es Hijo de la Virgen María, y que tiene una alma y un cuerpo semejantes á los nuestros, padeció y murió en cuanto hombre para salvar á los pecadores, haciendo, en cuanto Dios, infinitamente preciosas su pasion y su muerte.

Su divinidad, de la cual habia dado ya tantas pruebas desde su entrada al mundo, manifestóla nuevamente por medio de milagros que precedieron y se siguieron á los postreros momentos de su vida mortal. La luz del sol, contra todas las leyes de la naturaleza desapareció de repente; por espacio de tres horas esparciéronse densas tinieblas por toda la faz de la tierra; el velo del templo de Jerusalem se rasgó en dos partes y de arriba á abajo; rompiéronse las rocas; abriéronse por sí mismos los sepulcros, y los cuerpos de los santos que allí descansaban se mostraron vivos, á muchas personas, en la ciudad de Jerusalem. En suma, uno de los ladrones (que fueron crucificados juntamente con El) le suplicó que se acordase de él cuando hubiese entrado en su reino. Por eso el centurion que le habia servido de custodio y un gran número de los que le habian acompañado durante su pasion y muerte, se regresaron golpeándose el pecho y confesando que Jesus era realmente Hijo de Dios.

Al instante en que Jesus hubo espirado en la cruz, quedó su alma verdaderamente separada de su cuerpo, permaneciendo no obstante la persona divina unida siempre á su alma y

á su cuerpo, aunque separada la una del otro; de modo que así como su alma, al salir de su cuerpo, continuó inseparablemente unida á la divinidad, así su cuerpo inanimado nunca dejó de estar con la divinidad (que siempre continuó estando acompañado de ella, é instintivamente junto con ella) tanto cuando estuvo pendiente de la cruz, como cuando fué bajado de ella, embalsamado y sepultado, y mientras permaneció en el sepulcro donde no experimentó ni el mas leve indicio de corrupcion. El mismo dia en que murió Jesus bajaron su cuerpo de la cruz José de Arimatea y Nicodemo, lo embalsamaron, lo cubrieron y lo pusieron en un sepulcro nuevo, donde hasta entonces nadie habia sido sepultado.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.*

ARTICULO QUINTO.

Bajó á los infiernos, al tercero dia resucitó de entre los muertos.—Separada del cuerpo y permaneciendo no obstante unida á la persona del Verbo como habia estado desde que el Señor Dios la creó, la santísima alma de Jesucristo descendió á los infiernos donde permaneció tanto tiempo como estuvo su cuerpo en el sepulcro.

Por la palabra *infiernos* débese entender aquí el lugar denominado de otro modo *limbo*, que era aquel en el cual se hallaban reunidas y detenidas las almas de los santos Padres, de los Patriarcas, de los Profetas y de

un gran número de otros justos en espera del advenimiento del Hijo de Dios y por quien sabian que habian de ser libertadas de aquella cárcel y trasladadas al Paraíso.

En, efecto los piadosos varones que precedieron á Nuestro Señor sobre la tierra así como los que nacieron despues de él, y que nacerán hasta la consumacion de los siglos, no pudieron, pueden, ni podrán alcanzar la salvacion sino por el mérito de su pasion. De suerte que antes de que muriese y resucitase, jamás estuvieron las puertas del cielo abiertas á ninguno de los hijos de Adam.

Hay otros dos lugares donde están detenidas las almas que en los momentos de la muerte, no se consideran dignas de gozar de la felicidad eterna.

El primero se llama *Purgatorio*. Allí es donde las almas de los que han terminado su vida mortal en gracia de Dios, pero sin estar del todo exentos de culpas veniales, y sin haber expiado, por medio de una penitencia amplia y completa, las culpas mortales de que han obtenido perdon, acaban de pagar sus deudas y de ser purificadas, hasta que habiendo completamente satisfecho á la Justicia divina y adquirido una pureza perfecta, sean admitidas á la posesion de la herencia celestial.

Las almas detenidas en el Purgatorio, pueden salir de allí auxiliadas por los sufragios, de los fieles, por las oraciones, por las buenas obras y especialmente por el santísimo sacrificio de la misa.

El segundo de estos lugares es el Infierno propiamente dicho, en el cual un fuego ven-

gador, que eternamente arde, quema á los réprobos sin consumirlos nunca. Los que tienen la desdicha de morir fuera de la gracia de Dios, como reos de pecado mortal, gimen sin esperanza dentro de aquel horrible horno atormentados sin cesar del doloroso sentimiento de los enormes é innumerables males que saben muy bien que habrán de padecer toda la eternidad, sin que jamás tengan remedio ni pueden llegar á mitigarse por especie alguna de consuelo.

Si los hombres procurasen, cuanto les fuera posible, formarse en esta tenebrosa vida una idea de los tormentos del infierno, sin duda inspiraríales mas horror la multitud de desórdenes y de crímenes á que tan fácilmente se entregan como si quisiesen voluntariamente exponerse á padecer por una eternidad tan crueles suplicios.

A la bajada de Jesucristo á los infiernos siguióse en breve su victoria sobre la muerte. A los tres dias de sepultado (el siguiente sábado de los judíos, llamado despues dia del Señor ó domingo), Jesucristo, como con anticipacion lo habia anunciado, unió de nuevo su santísima alma á su cuerpo y resucitó por su propio poder y su propia virtud. Manifestóse en su vida nueva y gloriosa á su santa Madre, la bienaventurada María, siempre vírgen, á sus apóstoles, á sus discípulos, á las santas mujeres que le habian asistido con sus bienes durante su vida mortal, é hizo con sus apariciones sucederse un inefable júbilo al dolor profundo que les ocasionara su muerte. Por medio de sus discípulos ofreció el perdon á sus enemigos, aun á aquellos que

le habian hecho crucificar, y efectivamente lo concedió á cuantos se quisieron aprovechar de esta oferta. Hubo entre estos gran número de judíos, pues aconteció una circunstancia muy admirable, y fué la de que muchos de los que se habian rehusado obstinadamente á creer en Jesucristo cuando predicaba él mismo su Evangelio y confirmaba su predicacion con los mas insignes prodigios, no viéndole ni oyéndole ya, y sí prestando crédito al testimonio que de su resurreccion daban sus apóstoles, creyeron firmemente en él, pusieron en él toda su esperaza, y profesaron su relegion y culto, pues la religion es el culto de Dios, Salvador de los hombres.

He aquí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo que descendio á los infiernos y al tercero dia resucitó de entre los muertos.*

ARTÍCULO SEXTO.

Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.—Jesucristo, despues de haber resucitado de entre los muertos, permaneció todavía cuarenta dias sobre la tierra, y prolongó su mansion en ella durante este espacio de tiempo para convencer bien á sus apóstoles de la verdad de su nueva vida y darles sus últimas instrucciones.

Habianse turbado y consternado tanto los apóstoles de la muerte de Jesucristo, que les costó trabajo á los principios creer en su resurreccion; pero su buen Maestro les dió multiplicadas pruebas de ella, apareciéndo-

seles durante los enunciados cuarenta dias conversando con ellos, hablándoles del reino de Dios, es decir, de su Iglesia, enseñándoles lo que habian de hacer para extenderla hasta los confines de la tierra, instruyéndoles en la doctrina que habian de predicar y en los sacramentos que habian de administrar, y señalándoles, en fin, el plan de conducta que debian prescribir á todas las naciones, con el objeto de que ellos mismos, y cuando por medio de su predicacion fuesen conducidos á la verdadera fé, pudiesen alcanzar la felicidad eterna.

Cuando Jesucristo vió á sus apóstoles perfectamente convencidos y persuadidos de la verdad de su resurreccion, y suficientemente instruidos de cuanto debian aprender de su boca para que pudiesen dignamente desempeñar la mision que les encomendaba, no habiendo nada ya que le detuviese en la tierra, condújoles al Monte de los Olivos, donde, en presencia de ellos, se elevó por su propio poder y virtud, subió á los cielos é introdujo en ellos consigo las almas de los justos que habia libertado del Limbo. Entónces fué cuando las puertas de la patria celestial se abrieron, saliendo de ella multitud de ángeles á contribuir á la pompa triunfal de su Soberano Señor, que volvía á los cielos despues de haber descendido de ellos para encarnarse en el seno de la Vírgen María.

Jesucristo en el cielo, en cuanto hombre, *está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso*, es decir, posee allí una gloria que es propia únicamente de él, y que no puede

convenir á ninguna otra naturaleza creada; tal es el sentido de esas palabras; porque siendo Dios Padre Todopoderoso un espíritu, nada corporal puede en él imaginarse; pero como segun la costumbre establecida entre los hombres, se considera elevado al más alto honor aquel á quien se vé colocado á la diestra, para expresar de una manera proporcionada á nuestra inteligencia la incomprensible excelencia de gloria de que en cuanto hombre goza en el cielo Jesucristo, gloria que á él únicamente pertenece; el Símbolo de nuestra fé dice: *que está allí sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.*

Allí es donde aboga por los pecadores, donde defiende nuestra causa para con su Padre, donde enseñándole las cicatrices de sus llagas aplaca la justísima ira que en El excitan nuestros crímenes, y desde donde derrama sobre nosotros gracias, con el auxilio de las cuales evitamos el peligro de condenarnos y podemos trabajar en nuestra salvacion eterna.

Desde allí fué desde donde, segun su promesa, envió el Espíritu Santo á sus discípulos.

Estando todos ellos, el dia de Pentecostés reunidos en un mismo lugar, descendió de los cielos este Espíritu Santificador figurando lenguas de fuego que se dividieron y colocaron encima de cada uno de ellos. Inmediatamente oyóseles hablar varios idiomas, segun el Espíritu Santo iba poniéndoles las palabras en la boca, y anunciar las maravillas de Dios con una elocuencia verdaderamente divina.

Hé aquí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.*

ARTÍCULO SÉTIMO.

Y desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.—Así como este mundo tuvo principio, tendrá fin, y este fin será digno de la Providencia del Dios Criador. Aunque cada hombre, en el momento de su muerte comparezca ante el divino Tribunal y sufra en él un juicio particular, en el cual dá estrechísima cuenta de todas sus palabras, obras y omisiones, y en el que su suerte, durante su vida futura, queda de una manera irrevocable decidida; habrá, no obstante, al fin de los siglos, un juicio general en el que, en presencia de la universalidad de los hombres que hubieren existido en todos tiempos y lugares, manifestará Dios la sentencia que contra cada cual de ellos con anticipacion estaba decretada. A Jesucristo corresponde esta funcion de Juez Supremo, y para desempeñarla descenderá visiblemente de los cielos, como unos ángeles expresamente lo anunciaron á los apóstoles el dia de la Ascencion de ese Dios Salvador, que por sí mismo lo habia ya predicho.

¡Cuánto, pues, son enemigos de sí propios los hombres que desentendiéndose de esos inevitables juicios, se entregan como insensatos á la relajacion de corazon y ánimo! El olvido de su último fin, en el cual pasan, al parecer, su vida presente, no servirá sino pa-

ra que se vuelva más terrible la cuenta que tendrán que dar al Juez Supremo, á ese Omnipotente Juez que todo lo conoce y que se mostrará inflexible. Haráles cargos sobre su fé y sobre las obras, y les preguntará: ¿Habeis creido en las verdades que revelé y que en mi Nombre os proponia la Iglesia? ¿Habeis cumplido con los mandamientos que debian servir á vuestra conducta de norma? Y si han tenido la desgracia de morir sin haber reparado, por medio de una verdadera penitencia el desarreglo de sus acciones, los extravíos de su corazon y de su entendimiento, y sus errores y sus crímenes, dando testimonio contra ellos, serán eternas víctimas de una inexorable justicia.

Antes del último advenimiento de Jesucristo, y al aproximarse el fin del mundo, cuantos vivan entónces, morirán; porque la muerte es una deuda de que no puede eximirse hombre alguno, y todos nacen sentenciados á fenecer algun dia. Si nuestro Señor Jesucristo, Hijo del mismo Dios, estuvo sometido á esta ley, ¿quién podrá considerarse privilegiado con la exencion de ella? De suerte, que los hombres todos, hasta los más santos y perfectos que se encontraren en el mundo cuando vaya tocando á su término, no entrarán, sin haber pagado el tributo á la muerte, en posesion de la felicidad que hayan esperado y merecido; tambien morirán éstos, y hasta que hayan vuelto á la vida será cuando alcancen la plenitud del premio.

Todos los hombres, desde el más elevado hasta el más pequeño que hubieren bajado

al sepulcro, saldrán todos, buenos y malos, de él, para que Nuestro Señor Jesucristo públicamente les juzgue. ¡Pero qué diferencia habrá entre unos y otros para siempre! La herencia de los buenos será una gloria y una felicidad sin término, y la de los malvados una desdicha eterna.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo, que ha de venir de los cielos á juzgar á los vivos y á los muertos.*

ARTÍCULO OCTAVO.

Creo en el Espíritu Santo.—Aunque la naturaleza divina sea esencialmente una, hay en Dios tres personas realmente distintas entre sí. La primera es Dios Padre, que no fué hecho, creado ni engendrado; la segunda es Dios Hijo, que no fué hecho ni creado, pero sí engendrado, desde la eternidad, por Dios su Padre; la tercera es Dios Espíritu Santo que no fué hecho, creado ni engendrado, pero que procede, desde la eternidad, del Padre y del Hijo. Esto es lo que llamamos la Santísima Trinidad.

Los precedentes artículos del Símbolo de los Apóstoles, refiérense á las dos primeras personas de la Santísima Trinidad; éste se refiere á la tercera.

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad; procede, desde la eternidad, del Padre y del Hijo como de un solo principio; es igual en todo al Padre y al Hijo; es increado, eterno, omnipotente, soberanamente bueno, soberanamente sabio, infinitamente perfecto como el Padre y el Hijo,

consustancial al Padre y al Hijo, Dios como el Padre y el Hijo, y debe ser adorado y glorificado como el Padre y el Hijo. Esto es lo que Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó distintamente al mandar á sus Apóstoles que bautizasen á las gentes *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Este Espíritu adorable, por sus santas inspiraciones, nos desvía del pecado, excita nuestros corazones á la observancia de la ley y les conduce á la práctica de toda especie de buenas obras.

Las gracias particulares que en nosotros derrama son las que comunmente son llamadas Dones del Espíritu Santo, y son: la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios.

La sabiduría nos desprende del mundo y hace que única y exclusivamente amemos las cosas divinas.

El entendimiento nos ayuda á conocer las verdades de la religion y á penetrarnos de ellas.

El consejo nos hace elegir lo que mas contribuye á la gloria de Dios y á que nos salvemos.

La fortaleza hace que superemos esforzadamente cuantos obstáculos y dificultades se opusieren á nuestra santificacion.

La ciencia nos hace ver el camino que es necesario que sigamos, y los peligros que debemos evitar para llegar al cielo.

La piedad hace que nos inclinemos con gusto y con facilidad á todo lo que es del servicio de Dios.

El temor de Dios nos inspira respeto mezclado de amor hácia el Sér Supremo y nos hace temer desagradarle.

En fin, por medio de ese Espíritu adorable nos llegamos á ver justificados y nos volvemos hijos de Dios para ser herederos de la vida eterna, segun la esperanza que de ello tenemos.

Hé ahí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en el Espíritu Santo.*

ARTÍCULO NOVENO.

En la Santa Iglesia católica, apostólica y romana; en la comunion de los santos.—Nuestro Señor Jesucristo estableció una Iglesia sobre la tierra. Esta Iglesia es la comunidad de los fieles que, reunidos bajo la direccion de los lejítimos pastores, por la profesion de una misma fé, por la participacion de los mismos Sacramentos, y por una sociedad y comunidad de preces, no forman sino un mismo cuerpo que tiene un mismo Gefe invisible, que es Jesucristo, y un mismo gefe visible, que es nuestro santo padre el Papa, sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, vicario de Jesucristo sobre la tierra y á quien por este título, pertenece de derecho divino la primacía de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia.

Nuestro Santo Padre el Papa y los obispos forman el cuerpo de los primeros pastores. A este cuerpo está prometido y asegurado el continuo auxilio del Espíritu Santo que le preserva de todo error en lo que decide que es necesario hacer y evitar, así como

consustancial al Padre y al Hijo, Dios como el Padre y el Hijo, y debe ser adorado y glorificado como el Padre y el Hijo. Esto es lo que Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó distintamente al mandar á sus Apóstoles que bautizasen á las gentes *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Este Espíritu adorable, por sus santas inspiraciones, nos desvía del pecado, excita nuestros corazones á la observancia de la ley y les conduce á la práctica de toda especie de buenas obras.

Las gracias particulares que en nosotros derrama son las que comunmente son llamadas Dones del Espíritu Santo, y son: la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios.

La sabiduría nos desprende del mundo y hace que única y exclusivamente amemos las cosas divinas.

El entendimiento nos ayuda á conocer las verdades de la religion y á penetrarnos de ellas.

El consejo nos hace elegir lo que mas contribuye á la gloria de Dios y á que nos salvemos.

La fortaleza hace que superemos esforzadamente cuantos obstáculos y dificultades se opusieren á nuestra santificacion.

La ciencia nos hace ver el camino que es necesario que sigamos, y los peligros que debemos evitar para llegar al cielo.

La piedad hace que nos inclinemos con gusto y con facilidad á todo lo que es del servicio de Dios.

El temor de Dios nos inspira respeto mezclado de amor hácia el Sér Supremo y nos hace temer desagradarle.

En fin, por medio de ese Espíritu adorable nos llegamos á ver justificados y nos volvemos hijos de Dios para ser herederos de la vida eterna, segun la esperanza que de ello tenemos.

Hé ahí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en el Espíritu Santo.*

ARTÍCULO NOVENO.

En la Santa Iglesia católica, apostólica y romana; en la comunion de los santos.—Nuestro Señor Jesucristo estableció una Iglesia sobre la tierra. Esta Iglesia es la comunidad de los fieles que, reunidos bajo la direccion de los lejítimos pastores, por la profesion de una misma fé, por la participacion de los mismos Sacramentos, y por una sociedad y comunidad de preces, no forman sino un mismo cuerpo que tiene un mismo Gefe invisible, que es Jesucristo, y un mismo gefe visible, que es nuestro santo padre el Papa, sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, vicario de Jesucristo sobre la tierra y á quien por este título, pertenece de derecho divino la primacía de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia.

Nuestro Santo Padre el Papa y los obispos forman el cuerpo de los primeros pastores. A este cuerpo está prometido y asegurado el continuo auxilio del Espíritu Santo que le preserva de todo error en lo que decide que es necesario hacer y evitar, así como

tambien en lo que define concerniente á los dogmas y á las controversias que pueden suscitarse en puntos de doctrina. De suerte que no es permitido en manera alguna dudar de la bondad de lo que prescribe ni de la verdad de lo que propone que se crea. Así es que cada cual debe recibir sus decisiones y definiciones con profundo respeto, con fé firme y con una pronta sumision, estando en la íntima persuasion de que se hallan marcados con el sello de la sabiduría y de la autoridad de Jesucristo, que por medio de sus ministros, con los cuales á sí propio se ha sustituido continúa gobernando á su Iglesia y conduciéndola á su fin, que es la salvacion eterna.

Llámase la Iglesia santa, porque Jesucristo, su Gefe, es Santo y el orígen de toda santidad; porque las leyes de ella son santas; porque su culto, sus ceremonias, sus sacramentos y su sacrificio son santos; porque enseña siempre, constantemente y sin variar la santa doctrina que en su unidad engendra continuamente santos; y en fin, porque solo en su sociedad hay santos.

La Iglesia se denomina católica ó universal, porque se extiende á todos tiempos y lugares.

Como los miembros de la Iglesia no forman sino un solo cuerpo, la caridad, que les une, establece entre ellos una comunidad de bienes espirituales. El primer principio de estos bienes es Jesucristo.

Los méritos de las heróicas obras que Jesucristo consumó durante su vida mortal, para obedecer á su Padre, así en sus actos

como en sus padecimientos, y de las cuales formó un inmenso tesoro para la salvacion de los hombres, se comunican y aprovechan á todos los fieles por una interior influencia; de suerte que, así como en un cuerpo natural la fuerza, que emana principalmente de la cabeza, se esparce y distribuye por entre todos los miembros, así en la Iglesia, que se un cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, los miembros extraen del Hijo único de Dios, á quien todos están unidos como á su Gefe, un jugo interior y espiritual que les da vida, nutrimento y creces. Los conductos por los cuales este alimento celestial les llega, son especialmente los siete Sacramentos, que son:

El Bautismo, que nos regenera en Jesucristo dándonos la vida espiritual de la gracia, y que nos hace hijos de Dios y de la Iglesia.

La Confirmacion, que nos da el Espíritu Santo, y la abundancia de sus gracias para hacernos perfectos cristianos y confesar la fé de Jesucristo aún con riesgo de nuestra vida.

La Eucaristía, que contiene realmente y en verdad el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, y que es tambien un sacrificio, porque en ella no sólo se da Jesucristo á nosotros para servirnos de alimento espiritual, sino que se ofrece á Dios su Padre, por el ministerio de los sacerdotes, como víctima por nosotros.

La Penitencia, que perdona los pecados que se cometen despues del bautismo.

La Extremauncion, que se ha establecido

para el alivio espiritual y corporal de los enfermos.

El Orden, que confiere la facultad de ejercer las funciones eclesiásticas, y para cumplir santamente con ellas.

El Matrimonio, que da la gracia para santificar la union legítima del hombre y la mujer.

Los que se acercan á estos sacramentos con las disposiciones que ellos requieren, reciben la gracia habitual, ó el aumento de esa misma gracia que ha concedido Dios á los hombres que son indignos por sí mismos de este dón, el cual se les envia en consideracion á las santas obras que Jesucristo consumó durante su mansion en la tierra.

En efecto, habiendo Jesucristo, para obedecer á su Padre, sufrido tantos males, sobrellevado con una perfecta disposicion de su voluntad tantas injurias y oprobios tantos, soportado los mas crueles dolores, padecido el suplicio de la cruz, recibido la muerte y ganado con esto un grandísimo premio: nos trasfiere el derecho que á él tiene y se toma en cuenta el provecho que de él sacamos, y hé aquí por qué la gracia que se nos confiere es el fruto de los méritos de ese Dios salvador y como una emanacion del Gefe en beneficio de los miembros.

Y así como en un cuerpo natural no es solamente la cabeza la que vivifica á los miembros que la están sometidos, sino que se alimentan á sí mismos, se conservan y se vigorizan mutuamente por medio de secretas comunicaciones que se hacen, del mismo modo en el cuerpo místico de Jesucristo, la participacion en los tesoros que este Dios salvador ha acu-

mulado, como premio de lo que ha hecho y padecido durante su vida mortal, no excluye la comunion recíproca de los bienes espirituales entre los miembros de este mismo cuerpo.

Jesucristo quiso que recayese tambien sobre nosotros algo de la abundancia de los méritos que hubieran, en virtud de su gracia, adquirido para con él sus siervos y hermanos nuestros, con sus laudables obras y sus crueles padecimientos. Así es que esos amigos de Dios, que están gozando ya del premio que les estaba reservado, ruegan por nosotros, y por ellos alcanzamos lo que nos conviene; ofrecen sus padecimientos y contribuyen de este modo á eximirnos de la pena de que somos deudores á la justicia de Dios.

Y nuestro divino salvador ha querido igualmente que todos los que permanecen unidos á su cuerpo místico, se aprovechen de los dones que en él derrama y de las buenas obras que en él se practican, y entren en la participacion de estos bienes por medio de la salutífera comunicacion que se opera entre los miembros que forman parte del mismo cuerpo. Conforme á esta divina voluntad, la comunicacion de los bienes espirituales entre los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, se efectúa entre los miembros de las tres partes de que se compone hoy ese cuerpo místico. Efectúase entre los miembros de la Iglesia del cielo ó la Iglesia triunfante; de la Iglesia del purgatorio ó paciente, y de la Iglesia de la tierra ó militante.

Opérase esta comunicacion entre los san-

tos que triunfan en el cielo y los fieles que todavía combaten sobre la tierra, por medio de las preces que dirigen éstos á los santos, y de los auxilios que los santos les proporcionan.

Opérase entre los miembros de la Iglesia paciente y de la Iglesia militante, por medio de las oraciones de los fieles que viven en la tierra, por medio de limosnas y otras obras piadosas y caritativas, y por medio de la ofrenda del santo Sacrificio, cuando se recurre á estos medios para aliviar á las almas del Purgatorio y contribuir á que salgan de la cárcel en que padecen.

Opérase entre todos los miembros de la Iglesia terrestre, en cuanto á que todos tienen parte en las oraciones, en el sacrificio, en las buenas obras, en las gracias, en los sacramentos y en la fé de la Iglesia; de este modo las gracias que cada cual recibe y el bien que hace aprovechan á todos los demas.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en la santa Iglesia católica, apostólica y romana, en la comunion de los santos.*

ARTICULO DECIMO.

En el perdon de los pecados.—Nuestro Señor Jesucristo ha establecido en su Iglesia los medios de remitir los pecados. La remision de ellos se alcanza primeramente con el bautismo, y se alcanza de una manera tan perfecta en virtud de este sacramento, que no queda á los adultos que la reciben con las disposiciones necesarias, ni aun pena temporal que sufrir

en expiacion de los pecados actuales que hubieren cometido antes de recibirlo.

Pero en razon de que el bautismo no puede reiterarse; con motivo de que este sacramento al borrar el pecado original, ya en los niños, ya en los adultos, no destruye las consecuencias de este pecado; á causa de que no liberta á los hombres de la concupiscencia que sin cesar les inclina al mal, y de que nuestra propia flaqueza nos expone á ser vencidos y arrastrados por estas funestas impresiones, la infinita bondad de nuestro Salvador le ha hecho juzgar necesario establecer, ademas, en su Iglesia, un medio de remitir los pecados cometidos despues del bautismo, aun aquellos que acarrean la muerte espiritual del que los comete, sea cual fuere su enormidad, es decir, un medio no sólo de purificarnos de las culpas que sin hacernos perder la gracia, la debilitan en nosotros, sino, primero, de borrar las manchas que imprimen en nuestras almas las obras criminales, por las cuales, abusando de nuestro libre albedrío, nos apartamos de Dios, nos rebelamos contra él y perdemos de consiguiente las gracias que nos concediera; segundo, restablecernos en ese estado de gracia, y tercero, proporcionarnos al mismo tiempo el perdon de las penas eternas en que nos hacen incurrir esas prevaricaciones.

Este otro medio de remitir los pecados es el sacramento de la Penitencia que administran los obispos y los sacerdotes de la Iglesia católica. En virtud de la comunicacion que les ha hecho Jesucristo del poder de perdonar los pecados, que les pertenece, tienen, segun

mayor ó menor extension de la mision que reciben, la facultad de absolver á todos aquellos á quienes juzgan suficientemente preparados; de manera que los que efectivamente tienen las suficientes disposiciones, se encuentran verdaderamente descargados de las cadenas de sus culpas.

¡Cuánto es lamentable la ceguedad de los pecadores que, descuidando aprovecharse de tan inestimable beneficio de la Divina misericordia, pasan con indiferencia su vida en desgracia para con Dios! Con esa su indiferencia hácia sus intereses eternos, expónense á ver efectuada en ellos mismos aquella terrible amenaza de un Dios justamente irritado: "Porque os llamé y no quisísteis escucharme; porque extendí mi mano hácia vosotros y no hicísteis caso de ella..... Yo tambien me reiré y mofaré..... cuando la muerte, cual tempestad, se abalance sobre vosotros."

Por esta razon aquellos á quienes la conciencia echa en cara haber ofendido á Dios, deben tener sumo cuidado en disponerse sin tardanza, haciendo digno fruto de penitencia, á merecer el perdon de sus pecados y á proveer de este modo á la salvacion de su alma.

El negocio de la reconciliacion del pecador se trata en el sagrado tribunal de la penitencia, en el cual desempeñan las funciones de juez el sacerdote y en que el reo es acusador de sí mismo. La confesion que se hace allí de todos los pecados debe ser absoluta y completa, pues si se callase uno solo á sabiendas, se cometeria un sacrilegio: esta con-

fesion debe ir acompañada de una verdadera contricion, es decir, de un verdadero dolor y de una positiva abominacion de los pecados que se han cometido, de un propósito firme de no volver á cometerlos, y de una sincera resolucion de satisfacer, ya á Dios por las injurias que se le han hecho, ya al prójimo por las ofensas que se le hubieren inferido.

Cando el sacerdote, despues de haberlo meditado y examinado todo con el detenimiento que requiere un ministerio tan sublime, pronuncia la fórmula de la absolucion, vuélvese á derramar la gracia de Dios sobre los penitentes que ningun obstáculo la ponen: esta gracia borra los pecados que desfiguraban sus almas y hace que queden libres de las penas eternas que les habrian acarreado sus culpas: con la pena temporal no sucede siempre lo mismo, pues ordinariamente queda alguna que se padece en este mundo ó en el otro.

Hé aquí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en el perdon de los pecados.*

ARTICULO UNDECIMO.

En la resurreccion de la carne. La muerte es la separacion del alma y del cuerpo. Despues de esta separacion, el alma, que es espiritual, inmortal ó incorruptible, continúa viviendo, en tanto que el cuerpo, del cual se ha separado, vuelve sin vida al polvo.

Empero la separacion del alma y del cuerpo no será eterna. Todos los hombres sin excepcion, buenos y malos, que vivieron en los siglos que nos han precedido, que viven

hoy, y que existirán en lo venidero, y ninguno de los cuales estuvo, está ni estará eximido de la necesidad de morir, resucitarán el dia solemne del juicio final, es decir, que sus almas volverán á tomar los propios cuerpos que animaron durante su mansion en la tierra, para quedar luego por siempre unidos con un indisoluble vínculo, é ir juntos, segun la diferente suerte que cada cual hubiere merecido durante su vida mortal, ó al cielo á reinar con Jesucristo por todos los siglos de los siglos, ó al infierno á padecer eternamente con el espíritu de las tinieblas.

Este órden de cosas es conforme á la incorruptible justicia del Señor nuestro Dios: por una parte, esta justicia exije que haga gozar de una eterna felicidad á las almas de los justos que durante esta vida perecedera hubieren crucificado su carne y las pasiones y los deseos desarreglados de ella; que hubieren mortificado sus sentidos y sometido sus miembros á continuos trabajos, y que hubieren tambien, por no apartarse del amor de Dios, sufrido con invencible esfuerzo y paciencia los tormentos de los perseguidores que se empeñaran, á fuerza de suplicios, en obligarles á hacer abjuraciones de la verdad ó arrastrarles al crímen.

En efecto, aunque principalmente al alma pertenece la invencible perseverancia en el cumplimiento del deber, como esta fidelidad hace que padezca el cuerpo muchas privaciones y penas, y como la misma habrá sido causa con frecuencia de los tormentos, de las torturas, de los crueles dolores que hayan padecido los cuerpos, estos merecen tambien

tener una parte proporcionada en el descanso, en la gloria y en la alegría que son el premio de estos sacrificios.

Por otra parte, no era menos justo que esos hombres depravados que, sin miramiento alguno á la ley divina, se hubieran, durante su vida, manchado de todo género de crímenes con un desenfrenado libertinaje, despreciando los mandamientos de Dios, y entregándose á la destemplanza y á toda la impetuosidad de las pasiones, fuesen, como pena de estos desórdenes, castigados en sus cuerpos, expiasen padeciendo á pesar de ellos mismos, los condignos tormentos de un fuego que jamás habrá de extinguirse, el abuso que hicieran de sus miembros, su insaciable ansia por gustar de los criminales deleites, para que por este medio comprendiesen en fin, aunque por desgracia demasiado tarde, cuán grave mal es que una vil criatura se haya atrevido á menospreciar y á irritar la majestad de un Dios verdaderamente adorable.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en la resurreccion de la carne.*

ARTÍCULO DUODECIMO.

En la vida eterna.—Nuestra alma, creada á la imágen y semejanza del Dios omnipotente; que es de una naturaleza puramente espiritual como Dios mismo; que está dotada de facultades que son la inteligencia, la voluntad, la memoria, que representan las perfecciones divinas, tiene, desde su orígen, un deseo que la ha inspirado el Criador, y es el de unirse á Aquel de quien es imágen.

Seguramente no se puede pensar que el Criador haya dado inútilmente á su criatura, inclinacion tan noble; debe pues creerse, por el contrario, como cosa fuera de toda duda, que el alma del hombre, á menos que de ello se haga indigna, verá con el auxilio de Dios, satisfecho ese voto, y que llegará á alcanzar el goce del soberano Bien, lo cual se llama la vida eterna.

Aun antes de la resurreccion general, las almas que en la hora de la muerte se encuentren en estado de gracia y plenamente purificadas de los restos de sus pecados, entran inmediatamente en posesion de esa felicidad suprema, y son admitidas sin tardanza á ver á Dios y á gozar de él. Vendrá tiempo, como se dijo en el artículo precedente, en que volverán á tomar sus cuerpos en un estado mucho mas perfecto que aquel en que habian estado durante su vida mortal, y despues de esta reunion disfrutarán con èl de una felicidad sin fin, que jamás tendrá alteracion alguna.

Durante toda la inmensa eternidad, las almas de los escogidos se regocijarán con Dios en el cielo, enmedio de los coros de los ángeles y de la triunfante reunion de una innumerable multitud de bienaventurados á quienes la presencia y la vista beatífica de Dios, el Criador y Señor comun colmará al conjunto de ellos de todos los bienes celestiales.

La excelencia de estos bienes es tan sublime, que en esta vida mortal jamás podremos, ni á fuerza de pensar, ni á fuerza de raciocinar, concebir una idea de ella, formarnos

una imágen que se acerque, ni aun de muy lejos, á la realidad; ¡tanto así es incomprensible esa magnificencia de la liberalidad, de un Dios remunerador, que se extiende sin reserva á criaturas que ama! No obstante, lo poco que nos es dable decir, y eso hablando imperfectamente, acerca de esa innegagable beatitud, es mas que suficiente para manifestar hasta qué grado es apetecible.

Los santos, reunidos en el cielo en una alegría y en una tranquilidad perfectas, disfrutan de una paz inalterable. Como á nadie dan, absolutamente, motivo de queja, de nadie en lo absoluto tienen que quejarse. Hállanse amados y honrados de todos sus compañeros de felicidad, y corresponden con una completa reciprocidad á sentimientos tan gratos.

Habiéndose vuelto semejantes á Dios; viendo á Dios tal cual es, superabundan en todo aquello que es posible desear para la consumacion de la gloria y la felicidad. No tienen el sentimiento ni el temor del mal; por el contrario, vénse colmados de todo género de bienes con tan copiosa profusion, que supera á sus votos y que basta para el uso de toda la eternidad; y este goce es tan sólido y les está tan bien guardado, que nunca pueden hallarse expuestos al peligro de verle acabar ó disminuirse.

Esto es lo que hacemosprofesion de creer cuando decimos: *Creo en la vida eterna.*

Exposicion de las Verdades que debemos creer

MISTERIOS EN GENERAL

TRES PRINCIPALES MISTERIOS

La fe, que es la primera de las virtudes teologales, se llama con este nombre porque el mismo Dios es su objeto inmediato. Así pues, Dios, y todas las verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, son el objeto de nuestra fe. Pero como entre estas verdades hay algunas superiores á nuestra razon, y que no podemos comprender, se las llama *misterios*. Preguntareis quizá, ¿os parece racional creer misterios que no se comprenden? Es lo mismo que preguntar, 1º si Dios sabe mas que el hombre, y si puede obligarnos á creer verdades que exceden el alcance de nuestro entendimiento. Para cualquiera que sabe enlazar dos ideas, no es dudosa la respuesta á esta pregunta. Por otra parte, cuando creemos misterios bajo la palabra de Dios, propiamente hablando, no so-

metemos nuestra *razon*, sino únicamente nuestra *ignorancia*. Nos atenemos al mas vulgar buen sentido que nos dice que las pruebas positivas é invencibles de la Religion deben prevalecer sobre nuestra ignorancia, lo mismo que el astrónomo se atiene á su telescopio para conocer los mundos superiores que el ojo por sí solo no puede alcanzar.

Es lo mismo que preguntar, 2º si debemos creer en alguna cosa. En efecto, todo es misterio encima, debajo, dentro, fuera y en rededor de nosotros, y no comprendemos el *todo* de *nada*. Por ejemplo, ¿comprendeis cómo y por qué el fuego quema, el aire nos hace vivir, y la luz alumbra? ¿Comprendeis cómo se multiplica el grano de trigo arrojado en la tierra, ó qué es lo que produce en los animales ese instinto maravilloso que los guía? Sin embargo, ¿os ha sucedido jamás, ni á un solo hombre, tener la menor duda sobre todos estos hechos? Los creeis, aunque como yo, no los comprendais, ni los comprenda un sabio cualquiera. Pues si es así, hombre débil y altivo, que ni á tí mismo te comprendes, y ni aun el grano de arena que pisoteas, ¡tienes valor de tratar de no admitir sino lo que comprendes! Por todas partes hay misterios en la naturaleza; y añadimos que si no los hubiera en la Religion, esta seria falsa; porque si la Religion es verdadera, procede de Dios. Ahora bien, desde que Dios se digna revelarnos lo que es en sí mismo, lo que ha hecho y lo que quiere hacer por nosotros, es imposible que estas verdades no sean misterios. Un ser infinito no puede ser compren-

sible para un ser limitado, ni en su naturaleza, ni en sus decretos, ni en su conducta.

Los misterios del Cristianismo, como legítimo objeto de la fe de todo hombre racional, merecen todo su reconocimiento, pues sus beneficios son innumerables é incesantes, tanto para la sociedad como para el individuo. 1° Han dado un freno para la vana curiosidad de nuestro espíritu, y han puesto al abrigo de su exámen y sus sofismas las verdades que sirven de fundamento á la razon como á la conducta; Dios, al obligarnos á creer ciertos dogmas, dice al espíritu del hombre como al mar: *Llegarás hasta aquí, pero aquí se estrellará tu orgullo.* (1) ¿Se dirá que es un mal el que Dios haya dado diques al océano? Así pues, al revelarnos el misterio de un solo Dios, infinito, incomprensible, Criador y gobernador del universo, y al imponer la obligacion de creerle, el Cristianismo ha desterrado de la imaginacion de los pueblos la multitud de divinidades extrañas que se creían esparcidas por toda la naturaleza. Al proscribir, pues, la idolatría, ha cercenado los vanos terrores, las supersticiones y los crímenes que le eran inseparables, que la acompañan aun en el dia, y que están siempre prontos á renacer en los espíritus débiles.

2º Los misterios del Cristianismo sirven de base á todas las virtudes. Es cierto que en las falsas religiones ha habido *misterios*, pero léjos de inclinar á los hombres á la vir-

[1] Job. XXXVIII, 11

tud, servian de modelo y de alimento al crímen. Los del Cristianismo, por el contrario, excitan á la virtud y fundan la moral, sugiriendo motivos de amor y reconocimiento hácia Dios, de caridad para con nuestros hermanos, y de vigilancia sobre nosotros mismos. Vamos á hacer palpable esta verdad poco conocida.

El augusto misterio de la Santísima Trinidad es, por ejemplo el primer objeto de la fé católica. Pues bien, nada hay más propio para realzar nuestro espíritu que el conocimiento de este dogma fundamental, ni para inflamar nuestro corazon, que las lecciones de sublime moral que de él se desprenden. Hay un Dios, y no hay más que uno, que es infinito; eterno y Todopoderoso; que ha criado y gobierna todo cuanto existe; y hay tres personas en Dios, que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo, cada una igualmente Dios, pero que no forman más que uno solo, no teniendo más que una misma naturaleza y una misma divinidad.

El Padre Eterno, Criador y moderador del mundo, no procede de nadie.

El Hijo, sabiduría eterna y explendor de su Padre, procede del Padre solo; es el Hijo de Dios segunda persona de la Santísima Trinidad, y El únicamente se encarnó. En el Hijo Dios hecho hombre, que se llama Jesucristo, hay dos naturalezas, la divina y la humana, y por consiguiente dos voluntades, la divina y la humana; pero no hay en El más que una sola persona, la del Hijo de Dios; así como en cada uno de nosotros hay dos naturalezas, la corporal y la espiritual,

el cuerpo y el alma, y sin embargo no somos más que una sola persona. Jesucristo padeció en su cuerpo y en su alma, murió en una cruz para rescatarnos, su cuerpo fué amortajado y puesto en el sepulcro, resucitó al tercer dia por su propia virtud, y subió en triunfo al cielo donde goza el mismo poder que el Padre y el Espíritu Santo, y de donde vendrá al fin de los siglos á juzgar á los vivos y á los muertos.

El Espíritu Santo, Tercera persona de la Santísima Trinidad, amor sustancial del Padre y del Hijo, procede del uno y del otro. El Espíritu Santo no ha sido hecho ó criado, ni ha sido enjendrado, y la fé nos dice únicamente que procede; es el santificador y la vida de nuestra alma, la cual sin El está en un estado de muerte; sin su gracia nada podemos hacer para nuestra salvacion, y no cesa de ayudar á la Iglesia.

Tal es la doctrina de la fé sobre el misterio de la adorable Trinidad y sobre las operaciones atribuidas á cada una de las Tres Personas. Comprended la importancia y las ventajas de este punto fundamental: quitad del Símbolo católico el dogma de la Trinidad, y se desmorona todo el edificio de la Religion cristiana, pues no hay religion fuera del Cristianismo. Luego si esta es la base de la sociedad, es preciso deducir que el misterio de la adorable Trinidad que es el fundamento de la Religion, es el eje del universo.

Y además este punto fundamental de nuestra creencia no se nos presenta como un ar-

tículo de fé puramente especulativo, sino como un objeto de admiracion, de amor y de reconocimiento; como el sublime modelo de la caridad que debe reinar entre nosotros y debe llegar hasta la *unidad*. Tal es el deseo del Redentor: que sean *uno* entre ellos, dice, como tres personas divinas son *uno* entre ellas (1). En efecto, el misterio de la Trinidad nos muestra á Dios siempre de acuerdo consigo mismo, eternamente contento de su eterna felicidad, y sin embargo siempre ocupado en nuestra dicha, de que forma el fin único de todos sus designios y de todas sus obras,

El Padre crió al mundo para su gloria y nuestra felicidad, y no hay una de sus innumerables criaturas que no haya sometido á nuestro imperio y destinado á nuestros usos ó á nuestros placeres, Despues de haberlo criado, lo conserva y lo rige por medio de las leyes de su suave Providencia.

El Hijo consustancial al Padre, tuvo á bien hacerse fiador del hombre culpable, para sustraerle al justo castigo que tenia merecido. y restituirle la felicidad que habia perdido. Para esto se dignó revestirse de nuestra carne y nuestras flaquezas, habitar entre nosotros para servirnos de maestro y de modelo, y dió su vida por nosotros. ¡Oh prodigio de bondad! se da aún todos los dias bajo la forma de un alimento familiar, con objeto de unirse más estrechamente con sus hermanos.

El Espíritu divino, amor esencial del Pa-

[1] Joan. XVII.

dre y del Hijo, despues de haber hablado á los hombres por medio de los Profetas, nos fué enviado para ilustrarnos é instruirnos; y comunicado por medio de los Sacramentos, obra la Iglesia. Estas ideas no solamente son grandes y sublimes, sino afectuosas y consoladoras, y elevan el alma y la enternecen. Dios, á pesar de ser todo grande, se ha ocupado de mí desde la eternidad, y todo su ser, por decirlo así, se ha apropiado á mis usos. El hombre, aunque débil y pecador, es, por consiguiente, precioso á Dios, quien no solamente es mi Criador y Maestro, mi bienhechor y Padre en el órden de la naturaleza, sino tambien mi Salvador en el órden de la gracia, mi Consolador en mis penas, el amigo íntimo é inseparable de mi alma, y mi recompensa eterna. Me prescribe la virtud, pero me ayuda á practicarla; me ha dado el ejemplo, y me muestra desde léjos el premio. ¿Y es de admirar que esta doctrina haya hecho Santos?

De estas ideas interesantes nacen los sentimientos de humanidad, caridad y fraternidad hácia nuestros semejantes. A pesar del imperio de las pasiones, estos sentimientos brillan aún en el Cristianismo, y han hecho brotar esa multitud de instituciones útiles de que ninguna otra religion tiene ni siquiera idea.

Exámen general del Símbolo de los Apóstoles
Sus ventajas y sublimidad.—Historia.

Durante los cuarenta dias que pasó Nuestro Señor en la tierra con sus Apóstoles despues de su resurreccion, les enseñó á fondo los medios con los cuales los hombres debian unirse á El para participar de su redencion. No se contentó con decirles en general: El que crea se salvará, sino que les enseñó lo que debe creerse, y les encargó que lo anunciasen á todas las naciones. Dóciles los Apóstoles al mandato de su divino Maestro, compusieron un resúmen de su doctrina, llamado por esta razon el *Símbolo de los Apóstoles*. Lo redactaron antes de separarse, y se lo llevó cada cual á su mision particular, para que todos los Cristianos no tuviesen mas que una misma creencia, y supiesen desde luego las verdades fundamentales de la Religion.

Así pues, á decir verdad, no hay en la Iglesia mas que un solo Símbolo, el de los Apóstoles, aunque se cuenten cuatro: el de los *Apóstoles* que vamos á explicar; el de *Nicea*, que es el mismo de los Apóstoles, al cual añadió el concilio Niceno celebrado en 325 algunas explicaciones para confundir á los Arrianos que negaban la divinidad de Nuestro Señor. Por ejemplo, en el artículo 2º dice: "Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo "único de Dios, engendrado del Padre, Dios "de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verda- "dero Dios, engendrado y no hecho, y con- "sustancial al Padre por quien todo fué he- "cho." El Símbolo de *Constantinopla*, que solo es tambien el de los Apóstoles, desenvuelto contra los Macedonianos que negaban el Espíritu Santo, por el Concilio celebrado en 381, que dice en el artículo 9º: "Creemos "tambien en el Espíritu Santo, Señor vivi- "ficador, que es adorado y glorificado con el "Padre y el Hijo." Las palabras: Que procede del Padre y del Hijo, fueron puestas por la Iglesia contra los errores de los Griegos relativos á la procedencia del Espíritu Santo; y lo mismo sucede con estas palabras: "Criador de las cosas visibles é invisibles," opuestas á los errores de los Maniqueos. Pero en todo esto no hay adicion sino una explicacion. Finalmente, el Símbolo de *San Atanasio*, resúmen de la doctrina de este gran defensor de la Iglesia, y que explica admirablemente los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion.

El Símbolo, compuesto de doce artículos, puede dividirse, segun algunos doctores, en

tres partes: La *primera* nos enseña lo que debemos creer acerca del Padre; la *segunda* sobre el Hijo, y la *tercera* lo relativo al Espíritu Santo. La obra de la creacion se atribuye al Padre: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del Cielo y de la tierra.* La de la redencion, al Hijo: *Y en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor*, etc. La de la santificacion, al Espíritu Santo: *Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica*, etc. Aunque se atribuya al Padre la obra de la creacion, al Hijo la de la redencion y al Espíritu Santo la de la santificacion, estas obras son, sin embargo, comunes á las tres personas.

Segun otros teólogos, el símbolo se divide solamente en dos partes: la una compuesta de los ocho primeros artículos, nos enseña á conocer á *Dios nuestro Padre*, y la otra, de los cuatro últimos, á la *Iglesia nuestra madre.*

El Símbolo no solamente nos da de Dios y de la Iglesia esa nocion clara y sublime que eleva á tanta altura la inteligencia de los pueblos cristianos, sino que nos instruye ademas sobre el hombre y sobre el mundo con una precision, que será la desesperacion eterna de todos los forjadores de sistemas. En efecto, el Símbolo nos enseña, *sobre el hombre*, que fué criado por Dios, que es libre en sus acciones, y por consiguiente, que tiene un alma espiritual; que pecó; que Dios lo rescató; que vendrá á pedirle al fin de los siglos cuenta exacta de los medios que le dió de aprovecharse de su redencion; que nos unen lazos sagrados de caridad, y no hacen de todos los Cristianos mas que los miembros de

un mismo cuerpo; que todos tenemos los medios de conservar nuestra union con el segundo Adam y con nuestros hermanos, ó de restablecerla si llega á romperla el pecado, y que todos resucitaremos para vivir eternamente felices ó desgraciados segun nuestras obras.

El Símbolo nos enseña, *sobre el mundo*, que fué criado por Dios, que está regido por una Providencia universal, suave ó infalible, y que tendrá un fin.

Para apreciar todo lo que hay de sublime en la sencillez del Símbolo católico, adviértase cómo traza á largos rasgos la historia del hombre y del mundo; adviértase ademas que cada uno de sus artículos reduce á polvo una multitud de sistemas absurdos, soñados por los filósofos gentiles, sobre Dios, el hombre y el mundo, y renovados con tan poca vergüenza por los filósofos modernos; y finalmente que cada palabra es un rayo de luz que desvanece una parte de las tinieblas en que la razon estaba envuelta desde el pecado original, y la reunion de todos estos rayos luminosos forman el sol de la verdad, ante el cual desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del dia. Preguntamos á todo hombre de buena fé: ¿Es posible hallar nada mas venerable, mas útil, mas sublime y mas consolador que el Símbolo católico? A él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres. ¡Dígase ahora que los misterios son inútiles, ó que repugnan á la razon!

La verdad del Símbolo católico se da á conocer de tal modo, que, cuando nuestros pa-

dres en la fé la oponian á los errores gentílicos, los jueces, confundidos, ni aun trataban de responder, y se contentaban con emplear la lógica de los tiranos: su boca pronunciaba una sentencia de muerte. Un niño de siete años fué citado ante el magistrado Asclepíades, perseguidor de los Cristianos: "Quién eres?" le preguntó el juez.—"Soy cristiano católico;" y el niño le recitó el Símbolo y todo lo demas que habia aprendido en el Catecismo. Esta ingénua profesion de fé irritó al tirano; sin embargo, moderando exteriormente su furor, mandó llamar á la virtuosa madre del tierno héroe, y azotaron en su presencia al niño con tal crueldad que pronto quedó bañado en sangre. Tan horrible espectáculo hizo verter lágrimas á todos los circunstantes. Mientras despedazaban su cuerpo, aquel niño de bendicion confesaba á Jesucristo, á quien su digna madre ofrecia el sacrificio de su hijo con una constancia que admiraba á los gentiles. El tierno mártir miró con ternura á su piadosa madre, y le dijo: "Tengo mucha sed," y ella le respondió: "Hijo mio, ten un poco mas de paciencia y llegarás bien pronto á la fuente de la vida, y Jesucristo te dará para beber una agua viva que te apagará la sed para siempre." Fuera de sí de cólera al ver la firmeza heróica del niño y de la madre, Asclepíades mandó que cortasen la cabeza al jóven atleta que no habia podido vencer. Su madre lo tomó en sus brazos, y le dió un último beso, que fué tan tierno como religioso, y devolviéndolo al verdugo, dijo estas palabras del Profeta: *¡La muerte de sus santos es preciosa delante del Señor!*

No basta admirar el Símbolo, es preciso entenderlo: las verdades contenidas en él se llaman artículos segun una comparacion empleada con frecuencia con los Padres. Así como los miembros del cuerpo se separan y distinguen por medio de *articulaciones*, del mismo modo se ha dado con mucha exactitud y razon el nombre de *artículos* á las verdades que debemos creer en particular y de un modo distinto en la confesion de la fé.